

De la piedra eterna

Sobre una imagen —los aros concéntricos nacidos de una piedra en la superficie del agua tranquila— nace esta novela desconcertante y ambiciosa, *La piedra en el agua*, del peruano Harry Belevan (Ed. Tusquets, Barcelona, 1977). Se trata de una autodefinition excesiva, de un cuento concéntrico sobre sí mismo, voluntaria, obscenamente dedicado a su propia averiguación y enlazado desde un argumento levísimo en el mismo hecho de la lectura. La lectura que desde el principio —y da lo mismo a qué nivel narrativo, a qué altura de su epicentro inencontrable— hará encenderse los personajes, proporcionará lo precipitado de los acontecimientos escasos pero no menos terribles e irá calificando hechos y personajes. Una larga discusión, llena de citas y horrores —donde la muerte y el misterio aparecen al menos como hecho y como literatura, como novela y como reflexión sobre la novela—, va a justificar una clasificación literaria. Por esta vez, la novela, que cuenta extrañas visitas, asesinatos, presentes misteriosos, raros juegos, va a tratar sobre algo tan abstracto como el barroco.

En *La piedra en el agua* hay dos novelas que se relacionan entre sí como las ondas expansivas de —exactamente— una piedra en el agua. (Es imposible no pensar en la fascinación de niños, cuando sorprendía cómo un mínimo hecho, un mínimo objeto, podría crear el juego absoluto, los círculos más y más anchos, que parecían nacidos de novo, nada que ver con el objeto-piedra lanzado por la débil mano.) Un hecho aparentemente casual —la familia que alquila un apartamento con su cuarto de Barbazul, su secreto íntimo y esternamente literario— desencadena la historia, que no es más que la del conocimiento —de la vida de los dos personajes centrales, madre e hijo, tras hipocresías que se van rompiendo descubriendo lo privado inconfesable— y la lectura —del libro en segunda instancia, de la novela escrita por el misterioso escritor prehabitante en la casa— y finalmente la identidad —la del escritor confirmando toda la sospecha, todo el horror—. Este es el punto en que ambas novelas se funden, como si siempre se hubiera tratado de un plan de muerte y no de cualquier otra cosa.

A confirmar esta idea —lectura, paseos, discusiones interminables en torno a un libro sin fin sólo estaban pensados para desvelar la muerte, siendo tal vez la lucidez el precio de haber

vivido; y estos hechos, inducidos por ellos, por el escritor, al fin, para proporcionar la muerte trágica y terrible— vienen las disgresiones constantes y la trama misma de la novela interior, de la novela leída por los personajes de la novela. No es sólo la presencia de Arsenio Lupin o la consideración —literaria y tópica no por menos compartida— de la novela policial como eje narrativo. Es incluso un juego de profecías, cada vez más complejo, que convierte lo que era sólo un problema —el de las identidades— en una cuestión de vida o muerte. De muerte. Y es que, roto ya el sistema hipocrita de las conductas por el conocimiento expreso, toda la relación posible entre los personajes se vuelve loca, acabará la admiración o la intuición y la certeza se muestra como el camino hacia el final sentido, por fin, como necesario.

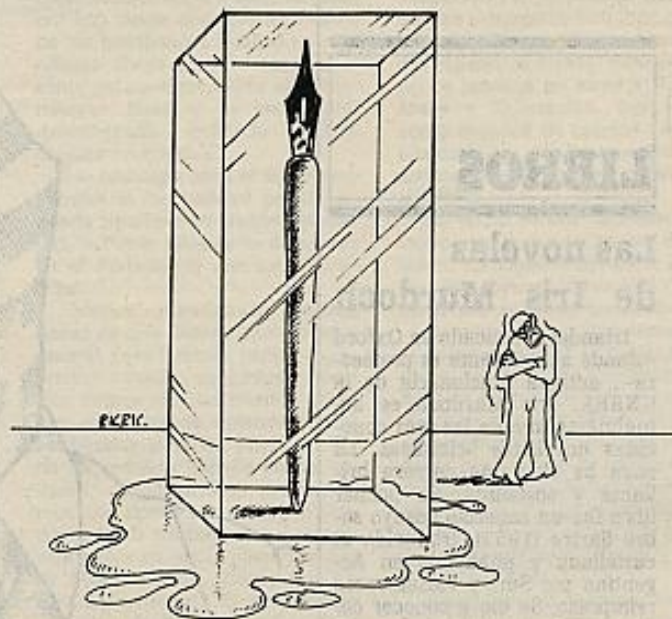
La clave está, como se presenta al principio, en el misterioso escritor personaje, que al fin no es más que el misterioso escritor autor. El barroco —que es de lo que expresamente trata la novela— no es más que la máscara involuntaria, el juego de importancias, los círculos concéntricos de la piedra en el agua, que no renuncia a las paternidades literarias —Borges, siempre invocado; Poe, querido— ni a los discursos íntimamente criticados, ni a la conversación oscuramente vacía, para ocultar la verdadera cara: escritor o escritura como objeto de un cuento, que así va morándose la cola con el solo objeto de ocultar la fragilidad de la persona-autor tras el mito-autor. Y a través del doble personaje autor (expreso-oculto).

Para esto, una lectura complicada, en la que a veces la perplejidad de los saltos físicos de páginas, sin las indicaciones que lo hacían voluntario en otras novelas, hacen pensar en nuevas complicaciones añadidas en la imprenta. Quiero decir: al margen del plan de novela, equivocación en paginación o en orden. Y que, tal vez, en este juego concéntrico de oscuras maniobras —al final, el voluntario escamoteo del sentido— tal vez ha previsto, incluso, esa nueva perplejidad. ■ ROSA MARIA PEREDA.

Regionalismo y dependencia

Hay mucho de jarro de agua fría en este conjunto de ensayos perfectamente articulados (1). Los regionalismos al uso pecan de confiados, como han pecado de inoperantes; ahora difícil-

(1) Editorial Ayuso. Colección "Temas Actuales".



mente pueden optar por una estrategia científica que sustituya a la verborrea voluntarista. Para que haya regionalismo independiente ha de haber, necesariamente, autonomía económica, y esto, ahora mismo, no es fácil de conseguir.

Luis Marco, hasta ahora consultor del Banco Mundial para proyectos de desarrollo regional y urbano, y sin duda alguna uno de nuestros economistas jóvenes de mayor experiencia y preparación, entiende el problema regionalista en función de unos niveles de dependencia inexorable: siempre estamos colonizados por alguien. Estos mecanismos de dependencia están explicados de forma rigurosa y divulgativa, tomando como "modelo" el área continental mediterránea y el caso del País Valenciano en particular. En este "todo", que es como hay que considerar al Mediterráneo, actúa la colonización del Norte europeo, inversor, consumidor y aliado de las burguesías locales que ejercen un segundo nivel de dependencia por "delegación" de la Europa meridional, que funciona como espacio de producción primaria; hasta los operadores turísticos reproducen las relaciones económicas de explotación tipo compañía "bananera" de América Central, a la vez que materializan ese "segundo Plan Marshall financiado por los países turísticos". El tercer nivel de dependencia se establece a través del "desarrollo de las ambigüedades" dentro de las regiones y en tanto no se estructura una estrategia propia que parta de los municipios y comarcas.

El Estado no es neutral frente a los regionalismos. Su "ideología", que refleja intereses extrarregionales, mediatiza e hipoteca el desarrollo regio-

nal, principalmente a través de las preferencias inversoras en la gran industria y determinadas tendencias en la infraestructura (autopistas, grandes centrales energéticas, etc.). Sin embargo, después de los años de crecimiento industrial desenfrenado e indiscriminado, el Estado no podrá evitar el dedicar mayor esfuerzo a la distribución de la riqueza, una vez que el pastel no puede incrementarse según una filosofía puramente desarrollista.

El País Valenciano preocupa a Marco como "prototipo de oportunidad perdida", donde la macroindustria, el "boom" del cemento y la explotación del espacio sólo como valor de intercambio, amén de la incapacidad de la burguesía local, hacen difícil la elaboración de un plan propio de desarrollo regional. Hay que desmitificar la industria pesada y considerar el turismo como actividad primaria, intensiva en trabajo y tecnológicamente dura; no es correcto hablar de decadencia e ineficacia de la pequeña industria del País Valenciano, siendo, además, la que debía haber protagonizado el despegue industrial dentro de un regionalismo vivo y un dinamismo suficiente. El tipo de inversión que ha acudido a la zona de Valencia (acero, automóvil, autopistas, central nuclear, etc.) es de escasos efectos multiplicadores y representa un verdadero record en la relación entre inversión y puestos de trabajo.

La única probabilidad de independencia de los pueblos mediterráneos, como se afirma en "Dependencia y Regionalismo", es la "unión estratégica popular y autónoma", que se apoye en los recursos y les dé un destino humano, empiece con la democratización directa y territorial